

Cristina Mellado

Vértigo



**Besties
BOOKS**

Cristina Mellado

Vértigo



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Cristina Mellado Lopera, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2024

ISBN: 978-84-270-5215-4

Depósito legal: B. 2.787-2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Impresión: Unigraf, S. L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.



Alejandra

Cuando conocí a Adrián hace poco más de un año, no me podía ni imaginar que acabaría enamorándome de él.

Un día entré en la librería de sus padres a echar un ojo a varios libros que necesitaba para un trabajo de Periodismo Literario. Nunca he sido muy lectora, pero el profesor Rodrigo, a través de la pasión que nos transmitía en cada una de sus clases, consiguió despertar mi interés. Da igual el autor que fuera, el contexto histórico o la temática de la obra a investigar. Había magia en sus palabras y siempre nos dejaba con ganas de saber cada vez más.

En parte, en esto se basa el periodismo, ¿no?

Fue gracias al profesor Rodrigo que empezó mi afición a las biografías. Con él aprendí que hay cientos de géneros literarios por explorar y que tal vez no me gustaba mucho leer porque no había dado aún con el mío. Después de todos los trabajos que nos mandó a lo largo del semestre que duraba su asignatura, acabé enamorándome de este género. Me parece increíblemente complejo y cu-

rioso, nos permite entrar de lleno en la vida y obra de las grandes personalidades de la historia y de la literatura universal y, sobre todo, seguir aprendiendo y descubriendo sobre ellos para darle un nuevo sentido a sus obras y entender casi por completo cómo pudieron marcar una época.

Aquel día en la librería, ya al final del curso, estábamos estudiando las obras clave de William Shakespeare y, mientras buscaba concienzudamente una edición que me atrajera de *Romeo y Julieta*, Adrián se me acercó.

—Una decisión muy acertada, sin duda —dijo asomando su cabeza por la estantería y sonriéndome como si me conociera de toda la vida—. Aunque creo que *Hamlet* es mucho más completa, seguro que te acaba gustando mucho.

¿Por qué se había acercado a mí? Es cierto que entré un poco perdida. No había leído a Shakespeare ni sabía nada de su vida y obra. ¿Se habría dado cuenta?

Me quedé mirando su rostro, el nerviosismo que se traslucía en los movimientos de sus manos, en el tic que tenía de subirse las gafas y revolverse los rizos, y me pareció un chico muy atractivo, y, sobre todo, me resultó interesante. Suelo guiarme mucho por las primeras impresiones. Fue una atracción inevitable. ¿Cómo explicarlo? Estaba hipnotizada. Sentía curiosidad por saber qué hacía un chico tan joven trabajando en una librería tan vieja.

—Perdona... ¿Te conozco de algo? —le pregunté sosteniendo el libro con fuerza.

—Oh, disculpa. Te he avasallado. Tiendo a hablar mucho, lo reconozco. Pero es que te he visto con mi libro favorito y tenía que convencerte de que te lo llevaras. Sí o sí. También porque trabajo aquí, claro está. Quizás habría sido más inteligente haber empezado por ahí, ¿no? —se preguntó más a sí mismo que a mí—. Encantado, soy Adrián, trabajo en esta preciosa librería. Mi jefe es mi

abuelo. Mi destino, leerme todos los libros del mundo y, como puedes comprobar, no tengo muchos filtros y hablo demasiado, por lo que te pido perdón y me retiro inmediatamente. Ha sido un placer, como quiera que te llames. Si necesitas cualquier recomendación literaria shakesperiana o de cualquier índole, no dudes en llamarme. Si quieres que te cobre, no dudes en llamarme. ¡Regalamos marcapáginas! En fin, lo dicho. Hasta luego.

Una pequeña risa se me escapó mientras veía cómo el librero se daba media vuelta y comenzaba a andar hacia el mostrador con la cara roja. Sí, era verdad que el chico hablaba mucho, exageradamente rápido y muy de repente. Pero me pareció majo, con una personalidad propia. Además, había que reconocer que ese pelo rizado, las mejillas sonrojadas y las gafas redondas le daban un toque muy atractivo.

Al cabo de un rato ya había elegido lo que quería y me dirigí al mostrador para pagar. Finalmente me había decantado por una edición ilustrada de *Romeo y Julieta* y por un ejemplar de *Hamlet* que parecía de segunda mano, de esos marrones, con tapa dura, páginas amarillas y olor a historia. Decidí confiar en su recomendación. Esperaba que, además de ser ejemplares fáciles de estudiar, me engancharan y pudiera disfrutar de ellos. Ya buscaría después alguna biografía para completar mi trabajo.

El chico me miró de reojo y noté que estaba más callado que antes. ¿Le habría parecido una borde? Quería seguir hablando con él, así que me armé de valor y le dije:

—Una librería muy bonita.

«¿Una librería muy bonita?». ¿Eso es todo lo que se me ocurría decirle? El librero parecía sorprendido por mi comentario, incluso algo contento. En su mejilla asomó un pequeño hoyuelo que me pareció adorable. Creo que había conseguido llamar su atención y halagarlo.

—Sí, la verdad es que mis padres trabajaron mucho para conseguir tenerla así —dijo sonriendo. Y eché un ojo de nuevo a la zona del mostrador, que estaba llena de pegatinas, recortes de periódico, marcapáginas y un sinfín de detalles que hacían del lugar un sitio muy especial y apacible. Se notaba el cariño y la dedicación que había puesta en cada rincón—. Aquí tienes tus ejemplares. Veo que al final me has hecho caso. ¡Qué responsabilidad! —Volvió a sonreír mirándome a los ojos y fui yo la que se puso colorada—. Espero que los disfrutes. ¡Vuelve pronto!

Y, de la misma forma que apareció, se fue. Vi cómo se metía en uno de los pasillos, el dedicado a los libros de ciencia ficción, y comenzaba a hablar con un chico de unos diez años que estaba leyendo un cómic de Marvel. Podía ver que en la portada aparecía un monstruo verde y bastante feo, pero parecía que eso era lo que más llamaba la atención del pequeño, y también la del librero, que comenzó a hablar efusivamente sobre un tal Hulk que le encantaba.

Tuve la curiosidad de conocerlo más, de preguntarle por sus padres, si trabajan también allí. El abuelo era su jefe, así pues, ¿tenía empleada a toda la familia? Me parecía bonito: un local así como nexo de unión entre los integrantes de un hogar. Le envidiaba un poco.

Al momento me di cuenta de que era una estupidez querer indagar más, acababa de conocerlo y simplemente era un vendedor que había sido amigable conmigo. Me estaba montando mi propia película, por lo que finalmente recogí mis libros, metidos en una bolsa de papel con el nombre Librería Hogar, con un par de marcapáginas de flores secas y un olor a lavanda increíble.

Me fui deseando volver pronto a por más olor a flores y hoyuelos que sonríen.

Adrián

¿Puede acabarse ya el día?
Hoy es uno de esos en los que, sencillamente, no puedo más. Adoro mi trabajo. Adoro la librería. Soy muy feliz aquí y está más que demostrado. Pero es que hoy no estoy concentrado. No puedo quitarme de la cabeza a Álex. ¿Estará bien? ¿Logrará adaptarse rápido? Pero la pregunta que más me repito es: ¿se olvidará de mí?

Mañana es el día.

Desde que me enteré de que tendría que marcharse, no paro de preguntarme si es lo mejor dejarla ir. Pero en todos los sentidos.

Es muy difícil empezar en una nueva ciudad, casi en una nueva familia y, por supuesto, con nuevos amigos, teniendo a tu novio a kilómetros y kilómetros de distancia.

Dos
mil
kilómetros.

Sé que puede con esto. Sé que va a conseguir todo lo que se proponga porque es una de las personas más valientes, talentosas y honestas que he conocido. Y con esas características logrará cumplir todos sus sueños.

Mi sueño, sin embargo, se aleja un poco de ella. Mi sueño es la Librería Hogar. Mi sueño es verla crecer igual que la vieron crecer mis padres. Ellos la fundaron cuando se conocieron. La librería los vio enamorarse y pasar sus mejores y peores momentos. Los vio criarme y también los vio morir. Y, en parte, le debo eso a la librería: tengo que devolverle todo lo que les dio a ellos. Porque sé que fueron muy felices y lo habrían seguido siendo al ver que su hijo lucha día tras día por mantenerla en pie. Es lo único que me queda; los libros son lo único que me queda de ellos. O, mejor dicho, nos queda.

Después de la muerte de mis padres tras un accidente de coche hace diez años, fue mi abuelo materno, Paco, quien decidió hacerse cargo del local. En cuanto cumplí los dieciséis, acordamos que él vendría por las mañanas mientras yo estaba en el instituto, y yo trabajaría por las tardes, tiempo que él aprovecharía para descansar. Me costó convencerlo, pero no podía permitir que a su edad se hiciera cargo de todo cuando yo me había criado allí, en aquel local lleno de estanterías y libros, y conocía la labor de mis padres de primera mano. Por lo que, en cuanto acabé el bachillerato de Letras, decidí que no iba a estudiar ninguna carrera: me dedicaría completamente a la librería.

Mi abuelo sigue ayudándome, por supuesto, porque cada vez llegan más novedades. Las editoriales no paran de reinventarse y de adaptarse a la sociedad actual, la cual se aburre muy rápido de lo nuevo. El consumo de literatura juvenil, por ejemplo, es cada vez mayor: los nuevos libros duran muy poco expuestos, y cada semana llegan más que ocupan su lugar.

Creo el mundo del libro se está volviendo como el de la moda, donde impera un consumo exprés del producto y se siguen las tendencias del momento.

En parte lo comprendo y me parece muy atractivo para los jóvenes de hoy que, de hecho, y aunque no lo parezca, son los que más leen. Sin embargo, me da terror la necesidad de publicar casi diariamente novedades porque provoca que al poco tiempo nos olvidemos de ellas. Hay poco que destaque entre tantísima oferta.

Es como si se perdiera la magia, pero a la vez funciona, y mucho, porque los libros siguen vendiéndose. Así que a veces tengo una sensación agridulce, provocada en parte por mi abuelo, porque adoro a los clásicos por permanecer ahí, pese a las modas, y también adoro el consumo exprés que hace que la gente lea. Sea lo que sea y del modo que sea. Al fin y al cabo, eso es lo importante y lo maravilloso de la literatura: que llegue a muchas personas.

Además de novedades editoriales, también aceptamos ejemplares de segunda mano, por lo que el trabajo se multiplica considerablemente: mientras uno atiende a los clientes, otro tiene que quedarse en la sala de archivo para hacer inventario de los libros que llegan, los que salen, y poniendo un poco de orden entre tanto caos. Llamamos «sala de archivo» a lo que en realidad es una pequeña habitación, con una lámpara en el centro y mil cajas de libros ordenadas por editorial, autor y fecha de publicación.

Realmente adoro mi trabajo. Soy afortunado porque me queda toda la vida para beberme estas historias, para venderlas, para regalarlas y para ver cómo evolucionan en manos de otros. Algo que puedo compartir con mi abuelo. La librería y él son mi familia.

Por eso creo que el día que Álex entró aquí fue la propia librería la que hizo el resto. La que creó la magia. La

que me dijo: «Vamos, chico, el vértigo te espera», y me dio el impulso para acercarme a ella.

Sin duda, fue la librería la que quería un cambio para mí. La librería y el recuerdo de mis padres.